



UN NUEVO MODELO DE UNIVERSIDAD EN LA SOCIEDAD DEL CONOCIMIENTO*

Prof. Luis A. Riveros**

I. El Humanismo: Inspiración de la Universidad de Ayer y de Hoy

Estamos frente a una extraordinaria oportunidad para reflexionar en torno al ser y al hacer de la institución universitaria en los días de la globalización y en el ineluctable proceso de ingreso de la humanidad a la sociedad del conocimiento. Se trata de un momento histórico en el cual los directivos podemos marcar el rumbo del cambio deseable en la institución universitaria, antes que ésta sea inevitablemente dominada por transformaciones que impondrá el devenir social frente a la inevitable opción de irrelevancia de la institución universitaria y sus tareas. La reflexión que se precisa se ha de nutrir de la comparación de las distintas experiencias universitarias, pero por sobretodo a partir de las distintas ideas prevalecientes acerca del “nuevo modelo de universidad”, y que resultan de la práctica institucional presente y de los retos inevitables que el curso del cambio tecnológico, económico, social, etc. Induce en la educación superior a nivel planetario. Esta reflexión debe ir mucho mas allá del compartir experiencias de gestión, o de lo que se ha dado en llamar en muchos círculos “las mejores prácticas”, las cuales podrían eventualmente proporcionar un aprendizaje capaz de producir mejores resultados en cada una de nuestras instituciones. El llamado trasciende, sin embargo, más allá: se dirige a tener un diagnóstico compartido sobre el nuevo escenario en que se desenvuelven las universidades de iberoamérica, una clara aproximación al marco de política pública que moldeará nuestro desempeño, y un criterio específico respecto de lo que se espera de la institución universitaria en estos días de cambio profundo y también de acentuada desorientación.

El ser de la universidad, desde los arcaicos tiempos de su creación, ha radicado en el humanismo, reflejado en la actitud inspiradora que coloca al ser

*Basado en la ponencia efectuada en el Primer Encuentro Internacional de Rectores de UNIVERSIA: La Universidad Iberoamericana en la Sociedad del Conocimiento, Sevilla, Mayo de 2005. Agradezco los comentarios de Steve Simple, Jao Tokayama y de colegas del Seminario Sobre Economía y Educación de la Universidad Complutense de Madrid.
**Rector de la Universidad de Chile.



humano como el propósito último de todo hacer en el plano de la ciencia, las artes, las humanidades; la creación, en una palabra. Por ello la generación de conocimiento a través de la investigación, y su diseminación por medio de la docencia, actividades ambas que singularizan el desempeño universitario durante años ya medibles en la dimensión de siglos, han tenido como esencia la búsqueda del bienestar de la humanidad, el progreso material e intelectual del hombre, la creación de las condiciones para proyectarnos en paz y en unidad como especie hacia nuestro futuro. Quizás, pues, sea menester en estos días de desencuentro, de conflicto, de fundamentalismos destructores, del uso egoísta del progreso en beneficio de unos pocos, de la desvaloración de la vida humana, de existencia de tremendas inequidades a todo nivel y en todas partes, el reafirmar este significativo valor universitario, para no olvidarnos que desde la Europa de la edad media, o desde la China y la India antiguas, la universidad surgió para provocar reflexión, proponer nuevas ideas, formular una crítica a la sociedad, preparar a nuevas generaciones de líderes en la producción y el intelecto, y aportar conocimiento nuevo para el progreso. Todo ello, en pro del género humano, de su perfeccionamiento, de su satisfacción material, de su realización espiritual plena, de la creación de igualdad de condiciones y oportunidades para el progreso. El marco del humanismo, a pesar de todos los cambios que nos sorprenden día a día en la esfera del conocimiento y la tecnología y que crean tanta incertidumbre, sino injusticia y discriminación muchas veces, debe seguir siendo la inspiración fundamental de la vieja institución universitaria, y el marco fundamental de su hacer en todo el mundo. Y es una cuestión que no debe olvidarse frente al desafío ineludible de formar a las nuevas generaciones en la práctica de valores profundos y fuertes, capaces de despertar el respeto por el ser humano, como fin de todo, como el gran objetivo del saber y del progreso.

II. Los retos Actuales para la Universidad

A pesar de ese marco indiscutible que ha de fundamentar el hacer universitario en forma permanente, es también necesario reconocer que existen nuevas y distintas condiciones que prevalecen hoy día, y que requieren una conformación distinta del ente universitario y del hacer de la universidad. Quizás, las líneas inspiradoras esenciales del trabajo universitario sean las mismas. Quizás sea por siempre corroborable que la universidad es antes que nada un centro de creación de conocimiento, y no simplemente de diseminación del conocimiento ya existente. Quizás sea siempre indesmentible que la universidad es un espacio que discrimina por capacidades intelectuales, y no por condiciones financieras ni de mercado. Pero aún así, en medio de sus viejos y altos valores, la universidad enfrenta un conjunto de nuevos retos en la sociedad actual, que debe encarar en forma



decidida para responder no sólo a las demandas sociales que prevalecen sobre ella, sino también para justificar la esencia de su ser cambiante frente de los tiempo. La necesidad de un nuevo diálogo con su entorno, el imperativo de adquirir mayores tasa de cobertura en la población joven, el reto de inscribirse la universidad en un contexto de educación permanente, la necesidad de atacar nuevos problemas y de adquirir nuevas estructuras y formas de trabajo, todo ello, no hace sino representar una situación de cambio que la universidad no puede eludir. En efecto, no son pocos los retos que se levantan frente a la universidad y a su tarea en los días de la globalización y en medio de nuestra tardía post-modernidad. Ellos pueden resumirse en cinco conceptos o necesidades fundamentales para la universidad de hoy: relación proactiva con el medio, internacionalización, eficiencia sistémica, interdisciplinariedad, y diversificación y cambio. Estos cinco términos definen, en términos generales, el nuevo modelo de universidad que se está edificando.

II.a El reto de la Relación Universidad – Medio Social

La universidad fue tradicionalmente un centro de actividad intelectual y creativa conectada con el medio social en que se desenvuelve. La relación fue proverbialmente, sin embargo, una de observación y análisis de la sociedad desde la universidad, para emitir desde allí un juicio crítico y aportar con el nuevo conocimiento al desarrollo social en todas las esferas, incluido el tecnológico y productivo. La universidad como conciencia crítica de la sociedad resultaba de un modelo de desarrollo social caracterizado por el cambio lento en lo tecnológico como asimismo en los aspectos organizacionales de la convivencia social, en una realidad en que las ideas nuevas y la creación eran casi monopolizadas por medio de la actividad universitaria en su carácter de centro exclusivo de investigación y pensamiento. La formación universitaria fue un reflejo de esa tarea realizada desde la universidad, con nuevas generaciones imbuidas del concepto crítico que era, a su vez, el mensaje de cambio y transformación desde la universidad hacia la sociedad

En contraste con los años pasados, vivimos un mundo de cambio extraordinariamente rápido en lo tecnológico, y en cuanto a la creación de nuevas ideas y modelos de sociedad, actividad que ya no reside en forma exclusiva, y ni siquiera principal, en el ente universitario. Si en el pasado privilegiábamos una relación desde la universidad hacia la sociedad, hoy día es forzoso reconocer que se precisa un diálogo activo con pleno reconocimiento de los actores, una interacción, una retroalimentación entre universidad y sociedad, el cual indudablemente se encuentra implícito en el establecimiento de la visión y la misión universitarias. Y es que existen hoy otros actores que también se inscriben en la línea de creación de

conocimiento, producción de nuevas ideas, y que por lo mismo son también agentes de crítica social. Tanto desde la empresa, como desde la organización no gubernamental, de los institutos privados o públicos de investigación y reflexión, del propio quehacer de gobierno, de muchas organizaciones ciudadanas, surge una labor de creación y de crítica activa, que induce cambio y produce nuevos modelos sociales, y que reta a la universidad en su antigua posición de ser el ente primordial de la crítica y la reflexión.

El cambio social es mucho más rápido que en el pasado, cuando la universidad detentaba, además, esa posición exclusiva de ser la conciencia crítica de la sociedad. Hoy día el cambio es inducido por un vertiginoso hacer científico y tecnológico, que determina nuevas formas de organización y acción social, frente a lo cual el trabajo de las ciencias sociales y de las mismas humanidades, ha adquirido también una dinámica distinta. Debe, por tanto, la universidad estar mucho más atenta a los desarrollos que tienen lugar en aquel medio externo, quizás también estableciendo alianzas con los entes sociales donde radica la dinámica de cambio, para estar más inmersa en la transformación que ocurre, para hacer más útil y relevante su aporte creativo, para poder detectar los elementos faltantes en ese progreso y que aporten al desarrollo pleno del hombre incluyendo los mas profundos aspectos espirituales y valóricos. Por ello, la alianza de la universidad con el medio productivo, como asimismo con las organizaciones sociales, cobra una preponderancia definitiva.

No se trata de que la universidad deba perder su rol de crítica social. Por el contrario, se trata de reconocer que para desempeñar su rol crítico, la universidad debe efectivamente adquirir una cercanía mucho mayor con la realidad, interactuar con ella en forma decidida, buscar el diagnóstico sobre la base de los hechos. Tampoco se trata de que la universidad reaccione ahora con privilegio a los incentivos del mercado, usualmente consistentes con las nuevas relaciones que debe crear a nivel de la sociedad para garantizarse un ingreso adecuado a su supervivencia. Se trata de un cambio de enfoque estrictamente necesario a la luz de la modernización de la vieja institución universitaria, para hacerla más abierta y totalmente proactiva, privilegiando los medios para que ello sea fuente de un hacer mas trascendente. La relevancia y trascendencia del hacer universitario en nuestros días demanda precisamente el desempeño de esta universidad capaz de interactuar con la sociedad para formular su aporte singular.



II.b El Reto de la Indispensable Internacionalización

Asimismo, y debido al hecho que la realidad política, social y productiva se ha ido internacionalizando por medio de un álgido proceso de globalización, la universidad necesita también desarrollar en forma decidida su propia internacionalización. Se trata de una tarea indisoluble del propio rol social de la universidad en los días de la globalización. Tradicionalmente las buenas universidades adquirieron fama internacional, derivado de lo cual se puso en práctica un sistema activo de transferencia internacional académica y docente; por medio de ella se multiplicaron los programas de intercambio académico, de perfeccionamiento docente y de producción conjunta de proyectos, ideas y nueva investigación. Fue la internacionalización la que permitió el emerger de muchas universidades del mundo en desarrollo, a la sombra siempre de instituciones universitarias del mundo industrial, las cuales podían también acceder de ese modo a mayores recursos de soporte. La internacionalización fue un factor distintivo, un elemento que marcaba con distinción al trabajo que realizaban las mejores corporaciones en el mundo. Más, con todo, no era la internacionalización un factor decisivo y ni siquiera una obligatorio para lograr la buena marcha de una institución.

El reto actual es, sin embargo, mucho más profundo y general: se trata de internacionalizar el trabajo universitario, de hacer equivalentes las líneas de trabajo académico –bajo la ingente presión de mercados laborales y profesionales cada vez más internacionalizados, y de garantizar la calidad de su trabajo medido por patrones internacionales. Se trata de adoptar un estándar internacional para medir la calidad del hacer universitario en forma independiente de la realidad política vigente. Se trata de competir por atraer los mejores a las aulas de las universidades más relevantes, y de crear un sentido multiplicativo del cambio a través de lo que ocurre al interior de una universidad de calidad. Es decir, hoy en día la internacionalización es indispensable para cualquier institución universitaria si desea ser considerada una con estándares adecuados y con capacidad para ofrecer posibilidades a sus estudiantes en el espacio real que podrá contener su futuro profesional o académico: el mundo.

El proceso de Bologna, en Europa, el de la autonomización universitaria en el Japón, o la nueva línea de política universitaria en algunos países en desarrollo al amparo de la promoción de calidad, son formas específicas en que la modernización y la internacionalización se hacen parte evidente del accionar universitario. Por ello, el nuevo modelo de universidad debe consultar un número relevante de estudiantes extranjeros, el uso de un segundo idioma oficial de enseñanza, la internacionalización de la investigación no sólo del punto de vista de los equipos académicos, sino también en cuanto a las temáticas. Las alianzas inter-

universitarias serán parte del nuevo modelo universitario, con programas conjuntos, reconocimiento de cursos e iniciativas de investigación y creación.

II.c El Reto de la Eficiencia Sistémica

Pero para lograr mayor efectividad, la cual es requerida por la sociedad en términos de resultados –especialmente en cuanto al caso de la universidad pública– la institución universitaria debe lograr cada vez mejores estándares de gestión y organización. La institución universitaria gozó en el pasado de inminente credibilidad: todo lo que allí se hacía tenía justificación, y los recursos que la sociedad asignaba al hacer universitario eran, por definición, inobjetable al destinarse a buscar ideas para el progreso y el perfeccionamiento. Hoy en día, las preguntas se acercan mucho al desempeño en el contexto del mercado, a la forma en como las universidades responden a las demandas efectivas, al modo en que dan lugar al ingreso adicional que esperan obtener sus estudiantes como producto de la inversión que conlleva su decisión de estudiar en la universidad. La gestión tiene que ver con cuentas públicas de insumos y resultados, al menos en el campo académico, pero también en el plano de los recursos financieros y el diseño estratégico en el caso de las universidades públicas. La transparencia en el uso de recursos, particularmente los de origen público, pero también los privados en términos de la satisfacción de las respuestas provistas a las audiencias universitarias, son instrumento para que la universidad tenga efectivamente la atención que debe tener desde la sociedad como un todo.

El problema de una mayor eficiencia tiene también que ver con una organización adecuada para responder a las demandas sociales vigentes sobre la universidad. Tiene que relacionarse esto también con el atractivo que la institución crea entre los jóvenes para ingresarlos a sus programas y garantizarles un progreso exitoso dentro de él y a posteriori, en el mundo laboral y la educación continua. Se trata de una universidad que tiene que responder por costos, por efectividad, pero también por calidad y trascendencia, conceptos estos últimos que no son necesariamente definidos por medio de una asignación a través del sistema de mercado. Muchos gobiernos ven con optimismo una universidad capaz de responder a las demandas sociales, pero distanciada de los requerimientos financieros que pesan en el presupuesto público; hay, sin embargo, externalidades y una necesaria producción de bienes públicos que se asocian a la universidad y que no son aspectos adecuadamente resueltos por medio del mercado. Por ello, la gestión, la eficiencia, la respuesta a la demanda social, la flexibilidad requerida para introducir el cambio como actividad universitaria permanente, no son sinónimos de una universidad exclusivamente integrada a un sistema de mercado. Se trata de adquirir para la



universidad una adecuada eficiencia sistémica para cumplir con su misión, proyectar su acción en medio del cambio social, de hacer relevante su actividad creadora y crítica. Se trata, también, de constituir una universidad relevante capaz de insertar adecuadamente a sus egresados en el mundo laboral y en el contexto de la educación permanente, para lo cual ha de valer el conocido principio de “enseñar a aprender”.

Los mecanismos de aseguramiento de la calidad han pasado a ser indispensables en el contexto del desarrollo universitario actual. El sistema universitario ha pasado a ser uno extraordinariamente diverso, donde priman instituciones de carácter docente, en un extremo, hasta aquellas de gran complejidad en términos disciplinarios y de actividades de posgrado e investigación. La necesidad de llevar información a la sociedad sobre el significado de cada institución y de su hacer, en un marco de equivalencia aunque no de exacta correspondencia, requiere información sobre la calidad con que desarrolla su actividad. Ello hace necesario la instauración de mecanismos de aseguramiento de la calidad, que actúen en forma permanente como los constructores de un conjunto de información que precisan las familias y los jóvenes, como asimismo todos los interlocutores de la universidad a nivel de la sociedad.

II.d El Reto de la Interdisciplinarietà

La universidad ha estado tradicionalmente organizada en una forma no necesariamente correspondiente con el orden que adquiere el universo y la propia sociedad humana. La organización por Facultades y Organismos en torno a disciplinas cobró valor durante la mayor parte de la existencia de la institución universitaria, como una forma lógica de organizar la reflexión productora del resultado investigativo o la entrega docente. Esas construcciones adquirieron vida propia, se hicieron indispensables en el proceso de consolidación de las universidades, han sido las depositarias de su fortaleza creadora y del propio prestigio institucional. No obstante los esfuerzos puestos en la ocurrencia de un diálogo interdisciplinario, para el mayor compartir entre unidades en vistas a ideas o proyectos comunes y en cuanto a la necesaria interdisciplinarietà de la docencia, las entidades disciplinarias al interior de la universidad han construido murallas de notable impermeabilidad al cambio necesario. Esas murallas han debilitado, contradictoriamente, la capacidad de respuesta de la universidad a la demanda social para comprender los fenómenos en boga, y para adquirir conocimiento capaz de acelerar el cambio tecnológico. Hoy en día, los retos están en la interdisciplina, y quizás en lo transdisciplinario; el marco de organización de la antigua universidad está siendo superada por la magnitud y trascendencia de las preguntas que en su naturaleza son ampliamente contradictorias con la organización instituida a lo largo de siglos.

Se trata, entonces, de especificar nuevas estructuras que organicen el trabajo universitario, las cuales han de ser, quizás, más flexibles y transitorias para que la universidad pueda tratar adecuadamente con las nuevas problemáticas, que no son ya específicas a cada disciplina sino totalmente transversales a ellas. Ya no es más economía y ética, sino los temas de la ética en el plano económico; no es ya más la biología y la matemática, sino el cómo aplicar los instrumentos de la última para entender procesos cruciales en cuanto a la primera. Tampoco está más la medicina separada de la ciencia básica en forma definitiva, para construir su arsenal de conocimiento nuevo; es hoy día la medicina una resultante dinámica de la interacción con la física, la biología y la química. No es ya posible singularizar disciplinas en una realidad que enfrenta la globalización del conocimiento y ha hecho transversales las preguntas. El nuevo modelo de universidad necesita introducir esta realidad en la renovación de su organización.

Ciertamente, la interdisciplina ha pasado a la vez un enfoque y un método de trabajo fundamental en la investigación y la creación universitarias. Todos hemos vistos en nuestras instituciones variadas experiencias a este respecto, mostrándonos innovativas formas de interacción entre disciplinas, las más de las veces simplemente inimaginables hace más de una década. Eso marca un progreso en cuanto al reto de mover las fronteras del conocimiento, y de enriquecer la investigación en un sentido profundo. Pero es en la docencia, especialmente a nivel del pregrado, donde el enfoque interdisciplinario cobra su más significativa importancia, junto con la obligación de proporcionar una formación amplia y diversa, compatible con los requerimientos que hoy presenta ante nosotros el mercado laboral. Un graduado universitario necesita conocer y manejar mucho más conceptualización ajena a su disciplina en sentido estricto para poder desempeñarse exitosamente en el mundo del trabajo y para desarrollarse debidamente en el proceso de educación permanente que caracteriza nuestros días. Los esfuerzos que se hacen en todo el mundo, respecto del cual todavía estamos significativamente atrasados en latinoamérica, se refieren a la transversalización de la currícula formativa, para desarrollar los líderes futuros en contacto con la realidad de creciente complejidad que han de enfrentar, y que es multifacética e interdisciplinaria, tal y como debe ser el trabajo de preparación en el aula universitaria.

II.e El reto de diversificación y cambio

La universidad de hoy debe estar atenta al cambio en todas las dimensiones. El cuerpo universitario debe estar relacionado activamente con la sociedad para poder efectuar un aporte relevante y trascendente. Por ello, la universidad debe

estar preparada para diversificar su actividad, su estructura y las temáticas de las que debe ir haciéndose cargo. Por cierto, la investigación, la docencia y la extensión deben estar en profunda conexión con la evolución social, productiva, económica, política, etc., para así mantener relevante el rol de la universidad. La necesidad de diversificar el trabajo universitario no es estática, sino dinámica, y se refiere a estructuras, como asimismo a relaciones intra e interuniversitarias para abordar los nuevos temas y proponer nuevas estrategias. La universidad debe estar a la cabeza del cambio, empujando por nuevas iniciativas, participando en el debate social, construyendo espacios de reflexión que moldeen el hacer social en el propósito de progreso y equidad que propone la institución universitaria. La universidad debe favorecer al cambio para ser cada vez más consecuente con la vieja idea de ser ella la fuente de reflexión para una humanidad que busca compatibilizar sus visiones extremas. Probablemente, el reto de lograr una posición permanente de cambio ha de requerir una universidad más participativa que toda aquella desarrollada a lo largo de su historia.

Por ello, la universidad debe ser una entidad evaluable, sujeta a permanente inspección tanto desde dentro como desde fuera, para definir con propiedad la pertinencia de su trabajo y las líneas de acción modernizadora. De aquí también se deriva la necesidad de una universidad emprendedora, capaz de crear nuevas ideas, nuevas iniciativas, generando nuevas asociaciones a nivel social para cumplir con su siempre importante rol social.

III. El Debate Necesario

La discusión sobre el nuevo modelo de universidad frente a la sociedad del conocimiento tiene urgencia y es reciente. Es urgente porque la universidad necesita adoptar algunas decisiones claves para conformar las líneas de trabajo que adoptará en el futuro en los campos anteriormente mencionados. Es reciente, puesto que sólo hace unos pocos años todavía pensábamos en la universidad como una organización que se justificaba por sí misma, que su calidad no era cuestionable y que su cambio se marcaba con los mismos parámetros del lento cambio tecnológico y social. La respuesta de la universidad frente a estos retos que le impone la sociedad del conocimiento es urgente y debe plantear la estrategia a seguir.

En términos específicos debemos pronunciarnos respecto de estos retos que enfrentan en todo el mundo nuestras instituciones: su relación con la sociedad, su grado de internacionalización, el logro de mayor eficiencia, la construcción de la interdisciplinariedad en el trabajo académico y la adquisición de una actitud de

cambio. El debate sobre el modelo de universidad que marcará los días futuros implica una discusión sobre cada uno de estos aspectos, los que deben sopesarse para constituir un modelo de tipo general, que constituya una respuesta a los retos presentes. Sin ninguna duda, la forma en que se ponderen cada uno de estos factores, atendiendo a la realidad específica y al grado de desarrollo de cada universidad, será un factor condicionante de la versión específica del modelo de universidad a construir sobre la base de esos aspectos generales.

Para muchos, el reto consiste en buscar un modelo que permita acercar a la universidad al mercado, entendido éste como el mecanismo único asignador de recursos a nivel de la sociedad. Se trata de lograr que los estudiantes cancelen el costo total de la docencia ya que están adquiriendo totalmente el beneficio privado de su formación. Se le dice a la universidad que el cambio radica en la capacidad de la institución para generar sus propios recursos, y para así validar su trabajo adecuadamente. Ello también implica que en el modelo de universidad propuesto el arte y las humanidades no serán simplemente practicables, ya que la preferencia privada puede no aceptarles en cuanto a creación, aunque sí posiblemente en cuanto a diversión estética. Pero en ese modelo simple de nueva universidad -“determinada y moldeada por el mercado”- no existe espacio para la condición primera, que es el de una institución que privilegie el humanismo. No es tampoco compatible con el concepto de universidad creadora de cultura y diseminadora de valores; ni tampoco una universidad que atienda las externalidades sociales que surgen de la investigación y la docencia. No lo es tampoco como una institución que lidere en el campo formativo de bienes públicos, necesarios para la sociedad aunque no financiados por medio del mercado. No estamos discutiendo sobre este tipo de “modelo”, que no es en definitiva sino una estrategia para destruir a la universidad tradicional y apoderarse de sus despojos por todo aquello que sea apropiable en pos de un beneficio privado.

La discusión consiste en la renovación necesaria de la vieja institución universitaria, frente a los nuevos retos que le impone el devenir de la sociedad moderna y en cambio. No estamos para denegar el rol del mercado, aunque sí para reconocerlo como supeditado al hacer universitario focalizado en los bienes públicos y externalidades sociales. Se trata de poner en perspectiva de hoy, la investigación y la docencia universitarias moldeadas en la sociedad del conocimiento. Se trata de rescatar lo indispensable bueno y decisivo de la institución universitaria, para ponerlo en la perspectiva de hoy, en la contribución al creciente progreso tecnológico y productivo. Se trata de razonar sobre la universidad que necesita la sociedad del cambio, en el contexto de su siempre trascendente visión humanista. Se trata de conseguir la universidad innovadora que requiere el siglo XXI, con calidad en su

respuesta y en la organización para abordar las temáticas relevantes. Se trata de alcanzar una reforma universitaria modernizadora y vital en el contexto de los retos que levanta la sociedad actual. Se trata de construir una universidad que sea vanguardia en la tecnología, aunque no se deje manipular por la tecnocracia. Se trata, en definitiva, de demarcar una política de innovación universitaria frente a los retos de los nuevos tiempos, utilizando la inspiración de los siglos recorrido: usar la inteligencia para construir progreso y bienestar.

IV. El rol de la Universidad Pública

Las nuevas demandas que surgen sobre la universidad del siglo XXI requieren respuestas flexibles, en el marco de señales de mercado y en el contexto de políticas económicas que promueven apertura al comercio internacional y al libre movimiento de capitales, como asimismo una reducción en el tamaño económico del Estado. El reciente debate sobre la posibilidad de que las universidades europeas puedan sobrepasar al modelo universitario americano en el contexto de producción científica y de liderazgo en innovación tecnológica y de la investigación, sugieren que la universidad pública tradicional no está en condiciones de responder adecuadamente a esos desafíos. Diecisiete de las primeras veinte universidades en el mundo son, precisamente, universidades de los EE.UU. de Norteamérica, mientras que solamente dos son europeas. La calidad de empleados públicos de los profesores de las universidades mayores de Europa, así como la pertenencia a un Estado que las sobrepuebla de estudiantes de pregrado atendidos gratuitamente, se aluden como las causas principales de esa gran desventaja del modelo de universidad pública heredado de los años del Estado de Bienestar. De allí, muchos aluden a la necesidad de privatizar el modelo universitario, para dotarlo de capacidad de reacción y producción acorde con las pautas modernas que impone el modelo económico-social imperante. Una lectura simple del llamado “Consenso de Washington” constituye también un llamado a concentrar recursos en los niveles pre-escolar, básico y medio, dejando la universidad más como una inversión personal, dependiente de las tasas de retorno financiero que se asociarían al entrenamiento formal en la educación superior; la investigación y la extensión, por otra parte y de acuerdo a esta visión, se trataría de un sistema de proyectos que se puede financiar sobre la base de su mérito individual, y no necesariamente requiere instituciones permanentes o estables de investigación. En definitiva, la universidad pública no tendría mayor sentido por el lado de los requerimientos actuales del sistema.

La cuestión de fondo, sin embargo, se refiere al rol de la educación pública en la realidad actual dominada por los retos mencionados anteriormente. Sin ninguna

duda, se requieren respuestas que en su grado de flexibilidad, como en el contexto de su profundidad, son distintas de aquellas encontradas en la tradición que marca al desarrollo del sistema universitario público. La pregunta es si acaso se justifica la existencia de la universidad pública en el contexto de esos retos y de sus implicancias, especialmente considerando los nuevos modos de intervención del Estado a través de financiamiento estudiantil subsidiado y mecanismos de asignación de fondos por proyectos. La respuesta subyace en la esencia misma del sistema público educacional. Su misión primera es la de garantizar un estándar de calidad para el sistema, toda vez que éste es el aspecto más difícil de regular formalmente, y es usualmente el talón de aquiles de modelos orientados exclusivamente por reglas del mercado. Indudablemente, para que el sector universitario estatal o público cumpla adecuadamente con esta función reguladora, es crucial que cuente con suficiente calidad, y por lo tanto con los medios necesarios para garantizarla. La existencia de competencia público-privada debe constituir un elemento que garantice dinámicamente la existencia de calidad para que sea el sector público, como expresión del interés público como asunto trascendente, el que marque el referente para el desarrollo del sistema. Quizás sea ésta una razón por la cual el sistema educacional público en general, y el universitario en particular, sean protegidos e incentivados en el modelo de los EE.UU., dominado no obstante por amplia competencia y participación privada basada en la generación de lucro. Pero quizás sea esa también la razón porque la cuarta universidad del mundo y en los EE.UU. de acuerdo al ranking de la unión europea, sea una institución estatal como la Universidad de California.

Si lo anterior constituye una insustituible tarea para el sistema universitario público, que demanda calidad y organización por parte de éste, hay otras funciones que justifican el aporte estatal al desarrollo del sistema, y que se confunden con las externalidades de que usa hablarnos la literatura económica. En el trabajo universitario no puede desarrollarse solamente aquello que genera utilidades financieras, sea visto como un proyecto con perfil definido, y cuyos resultados sean apropiables por algún agente. Existen tareas como la extensión artística y cultural, por ejemplo, que produce muy por encima de lo que podrían aconsejar los estrechos límites económicos. Y otros temas, como las políticas públicas, los temas medio ambientales, los problemas relativos a muchos estudios sociales e históricos, solo para nombrar algunos, requieren de investigación y docencia que no tiene necesariamente un retorno de mercado, y que no son precisamente elegibles para una producción estricta y exclusivamente privada. Es también obvio que la filosofía, los estudios de estética y muchas manifestaciones artísticas y literarias, caen también en este campo productor de externalidades sociales y, por lo tanto, sujeto de financiamiento y de actividad directa del Estado. Y, por lo demás, en el contexto de

cualquier campo disciplinario, la mantención de una inteligencia que busque nuevas preguntas y abra los nuevos temas, pasa a ser un factor estratégico en el diseño de una política de desarrollo en cualquier país, y es una tarea que debe corresponder a centros de investigación preocupados de los temas nacionales, antes que más bien los estrictamente vinculados al retorno de mercado basado en parámetros observables de tipo más bien contingente.

El desafío verdaderamente no consiste en cómo eliminar a la universidad pública para así tener un sistema más competitivo y de mercado. El reto consiste en transformar a las universidades públicas en instituciones de calidad, capaces de enfrentar el reto de convertirse en el referente del sistema universitario, y garantizar así su adecuado desarrollo. Eso significa también, y por el hecho de tener que hacerse responsable de temáticas que envuelven altas externalidades de tipo social, que deben ellas estar dotadas de flexibilidad y capacidad de respuesta frente al estímulo externo. La universidad pública tradicional está poco preparada para este nuevo escenario, ya que tradicionalmente se desarrolló en un mundo de lenta innovación, de pocos requerimientos hacia la universidad en el contexto del cambio tecnológico y productivo, y con gran énfasis en una docencia extensa y repetitiva en las distintas formaciones profesionales y disciplinarias. Hoy en día, en cambio, se habla de la universidad transversal, de la universidad internacional, de la universidad compleja y de la universidad vinculada a la empresa y al medio social y productivo. Todo esto requiere una profunda reforma del sistema universitario vigente, que ya han emprendido países como Japón, China e India, mientras Europa da pasos significativos y Latinoamérica duerme aún un sueño profundo. Sin duda alguna, la universidad pública tiene un rol fundamental que cumplir en el contexto actual, frente a los ánimos de cambios y de educación permanente que inunda a nuestra sociedad.